

# SOLO UN GRANO DE MOSTAZA

Orville Swindoll

Si uno se deja guiar por lo que ve en la televisión, se queda con la impresión de que hace falta mucho dinero y mucha publicidad para lograr algo importante en el mundo hoy. Pero cuando leemos la Biblia descubrimos que Dios a menudo hace maravillas con cosas pequeñas y con personas insignificantes. Esto nos tiene que animar, pues quiere decir que para el que cree y obedece a Dios todo es posible.

Recuerdo el texto de base para el primer sermón que prediqué a la edad de diecinueve años, que ilustra precisamente esta verdad. Prestemos atención a estas palabras del apóstol Pablo:

1 Corintios 1:26–31:

*<sup>26</sup>Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. <sup>27</sup>Pero Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. <sup>28</sup>También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, <sup>29</sup>a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. <sup>30</sup>Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— <sup>31</sup>para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.»*

Hace años leí una novela cristiana muy interesante cuya trama era la manera maravillosa de Dios de usar algo aparentemente insignificante para realizar su obra. El título del libro era *Mustard Seed Conspiracy* [Conspiración del grano de mostaza]. Me acuerdo el dicho de un pastor escocés que tuvimos mi señora y yo poco después de casarnos. Cuando Dios nos sorprendía con algo maravilloso e inesperado, solía decir: «Es Belén otra vez», al recordar la manera en que Dios confundió a todos los grandes de la tierra cuando determinó que el salvador del mundo naciera en un establo en el pequeño pueblo de Belén.

Resulta obvio que Dios no usa los métodos de Madison Street ni presta atención a las cotizaciones de la bolsa de valores de Wall Street. Debemos recordar que cuando Dios quiere hacer algo grande, siempre comienza con una pequeña semilla, una persona sin renombre o un grupo minúsculo de discípulos que se dejan guiar por el Espíritu Santo. Cuando pensamos en los protagonistas principales de las páginas de las sagradas escrituras, ¿cuál de ellos tenía fama cuando Dios lo llamó? ¿Quién contó con un poderío

económico? ¿Alguno entre ellos tenía influencia política? Solemos suponer que para servir a Dios uno tiene que ser un super-dotado o una persona de gran elocuencia e influencia, pero el único requisito es que tiene que prestar atención a la voz de Dios y hacerle caso.

Jesús no procuró la influencia de los políticos ni de los militares de su tiempo. Se rodeó de doce hombres comunes de entre el pueblo, ninguno de los cuales era particularmente conocido fuera de su propio círculo familiar. Tampoco pretendió establecer una institución que resaltara su persona; más bien prefirió forjar una relación estrecha de confianza y camaradería que aseguraría un profundo cambio en su vida, sus valores, en su concepto de Dios y en su relación con los demás.

Con estos comenzó la iglesia en el día de Pentecostés, sin edificio propio, sin grandes oradores al frente, sin administradores de empresas para dirigir las operaciones diarias. Y así también continuó por muchos años. La iglesia solo ganó notoriedad en sus primeras décadas por su amor, su dedicación, el fervor con que amaba a Cristo y a los hermanos. Más tarde ganó notoriedad por su devoción y disposición a morir por la causa de Cristo su Señor. Recién en el cuarto siglo de la era cristiana comenzó a ganar un espacio político y poder económico. Y con eso vino la corrupción y la decadencia espiritual.

¿Qué dice la Biblia acerca de esta realidad? ¿Qué valor tiene el inicio pequeño de algo con mucho potencial para crecer por su relación con Dios, por su atractivo espiritual y moral? Escuchemos las palabras de Jesús al respecto:

Lucas 13:18–21:

<sup>18</sup>—*¿A qué se parece el reino de Dios? —continuó Jesús—. ¿Con qué voy a compararlo? <sup>19</sup>Se parece a un grano de mostaza que un hombre sembró en su huerto. Creció hasta convertirse en un árbol, y las aves anidaron en sus ramas.*

<sup>20</sup>*Volvió a decir:*

*—¿Con qué voy a comparar el reino de Dios? <sup>21</sup>Es como la levadura que una mujer tomó y mezcló con una gran cantidad de harina, hasta que fermentó toda la masa.*

Estas dos breves parábolas pueden enseñarnos unos principios importantes para que nuestra vida tenga valor en el desarrollo de los intereses del Señor aquí en la tierra. Aunque nuestra participación no parezca más que un grano de mostaza o una pequeña medida de levadura, puede lograr mucho si servimos a Dios con devoción y constancia.

Permítanme señalarles tres principios vitales que deben tener presentes en su dedicación a Dios:

1) El inicio de toda obra de Dios depende de su relación con él y con su propósito. Dios puede usar un palo, un grano, una honda o una piedra si el que lo maneja escucha a

Dios y le obedece de corazón. No mires lo que tienes en la mano. Mira a él y desarrolla tu relación con él.

2) El desenvolvimiento de toda obra de Dios depende de la vida interior de los integrantes. Tú piensas en lo que vas a hacer; pero Dios piensa en lo que él hará en tu vida. El poder del árbol está en la pequeña semilla que se planta. La vida está adentro. No tiene tanta importancia la maquinaria, sino la vida dentro del grano de mostaza o en la pequeña medida de levadura.

3) El destino y la gloria final de toda obra de Dios es la revelación de Cristo. Esa realidad garantiza la victoria definitiva y final, aunque nos toque pasar por momentos muy difíciles. La levadura o el grano de mostaza parece insignificante en la mano por su pequeñez, pero no va a quedar así siempre. El destino de la semilla es un árbol grande y el de la levadura es una masa que ocupa un espacio grande.

Solemos maravillarnos de la misma manera que María después de la revelación inesperada del ángel Gabriel. Asombrada y confundida, solo supo hacerle una pregunta: «¿Cómo podrá suceder esto?»

Y la respuesta de Dios es siempre la misma: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*» (Lucas 1:35). Al que cree y depende de Dios TODO es posible.

Hemos de aprender bien de la humildad y de la pequeñez para crecer en la voluntad de Dios y realizar su obra a su manera y en su tiempo. Seamos fieles a él.